BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SERIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

Cno y Cuto

Se venden en *Madrid*, librería de Cuesta, calle de las Carretas, núm. 9, y S. Martin, Puerta del Sol; en *Provincias*, en casa de sus corresponsales.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

UN CORAZON EN PEÑARANDA.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. MANUEL CANO Y CUETO.

Estrenado con brillante éxito en el teatro de San Fernando de Sevilla la noche del 7 de Diciembre de 1870.

SEGUNDA EDICION.

CUATRO REALES.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia
1665

MADRID:
IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA
Ancha de San Bernardo, 75.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
ENRIQUETA	Doña Enriqueta Liron.
JULIA	» Rafaela García.
JUANA	» Pilar Romero.
ENRIQUE	Don José de Mata.
JULIO	» Alfredo Maza.

La accion en Madrid.

(Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.)

Es propiedad del Editor de la *Biblioteca dramática*, y está bajo el amparo de la *Ley de Propiedad literaria*, habiéndose llenado los requisitos que la misma establece.

Las Zarzuelas y Operas cómicas, ó serias, que componen la coleccion de la *Biblioteca dramática*, se prohibe representarlas como comedias, separando la letra de la música.

Á D. MANUEL GAVIRIA Y SPENCE.

Para el lindo teatro de casa de tus queridos padres escribí este juguete. La pluma, tal vez, corrió demasiado traspasando las barreras que exige la literatura de salon, por lo que me arrepentí de mi propósito. Pero formé uno nuevo. Poner tu nombre al frente de mi obra. Al dedicártelo, solo me guia el deseo de darte una prueba, débil sí, pero sincera, de la amistad fraternal que te profesa

Manuel Cano y Cueto.

720866

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/uncoraznenpearan00cano_0

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente amueblado. Puertas al fondo y á la derecha. A la izquierda una ventana y una puerta. Sofá, velador, etc.

ESCENA PRMERA.

ENRIQUETA, JULIA.

ENRIQ. ¡Lo que te digo. Se han olvidado de nosotras!

JULIA. Bien puede disculpárseles. Sus miradas han sido el único tributo que tú has podido alcanzar; lo que es yo, ni aun eso.

ENRIQ. Te equivocas mucho, querida Julia.

JULIA. ¡Cómo! Enrique se declaró á tí?

ENRIQ. ¡Inocente! ¿Puede un hombre estar en un baile al lado de una viuda jóven y...

JULIA. Bella, acaba de decirlo.

ENRIQ. Sin hacer veinte declaraciones por minuto? Una viuda, querida prima, es á los ojos de los hombres, una casa en cuyo portal falta aquella inscripcion de «nadie pase sin permiso del portero.» Cuando á una mujer le falta el cancerbero del marido, ha de blindarse los oidos y el corazon, si quiere verse libre de admiradores...

JULIA. Que pretenden el alto puesto de amantes.

ENRIQ. Por lo demás, Enrique no puede lisonjearse de la acogida que halló en mí. Amable con todos, usé con él de esa fria y desdeñosa coquetería que es la desesperacion de los modernos Tenorios. Además, tengo el dolor de confesarlo; Enrique me ha visto muy pocas veces, y de esas pocas solo ha podido hablarme una, en la noche del baile, al cual me refiero.

JULIA. ¿Y tú, le amas?

ENRIQ. Le ví y le amé. Las viudas tenemos mucho fuego amoroso...

JULIA. Sí, sí, tambien las solteras!

ENRIQ. Y luego, ese hombre es muy digno de ser amado. Tiene toda la belleza del circasiano, toda la gracia del andaluz.

JULIA. Las mismas cualidades exactamente que su amigo Julio.

ENRIQ. ¡Qué tontería! Compararlo con Enrique! Julio es un loco.

JULIA. Sí; pues como Enrique es tan formal! La crónica cuenta unas cosas...

ENRIQ. La crónica es la ametralladora de la vida privada, y no siempre suele hacer buena puntería. Además, puede haber mudado de conducta.

JULIA. Lo que es Julio, desde luego.

ENRIQ. ¡Y tú, de dónde le conoces?

JULIA. Del teatro, de los bailes, de los paseos; mas... estoy segura qne no ha reparado en mí una vez siquiera.

ENRIQ. ¿Y Enrique?

JULIA. No creo me haya visto tampoco.

ENRIQ. Deben estar en Madrid.

JULIA. Ay! qué gusto! ¿Y quién te lo ha dicho?

ENRIQ. El otro dia me lo escribió de Valencia una amiga mia.

JULIA. Amor quizá de Enrique?

ENRIQ. ¡Qué se yo! Ha tenido tantos!

JULIA. Los hombres...

ENRIQ. ¡Pérfidos!

JULIA. ¡Ciegos!

ENRIQ. ¡Infieles!

JULIA. ¡Tiranos!

ENRIQ. ¡Ay, qué especie tan depravada!

ESCENA II.

Dichas, JUANA *por el foro.*

JUANA. Señorita...

ENRIQ. Qué ocurre?

JUANA. Están dos jóvenes que quieren hablarla de un asunto muy importante, segun dicen. ¿Qué les contesto?

ENRIQ. Que pasen, y que tengan la bondad de esperar unos minutos. (*Váse Juana por el foro.*) Vamos volando.

JULIA. Vamos. (*Vánse por la puerta izquierda.*)

ESCENA III.

JULIO, ENRIQUE, (*puerta del fondo.*)

ENRIQUE. Te digo que fué el as de bastos.

JULIO. Yo sostengo que fué el caballo de oros.

ENRIQUE. Tú no tienes memoria.
JULIO. Tú te atolondras cuando juegas!
ENRIQUE. El que no sabe jugar eres tú!
JULIO. El que sabe jugar soy yo! (*Pausa. Arriman dos sillas á un velador y se sientan.*)
ENRIQUE. Julio!
JULIO. Enrique!
ENRIQUE. A este lugar maldíto nos han conducido nuestros vicios.
JULIO. (*Sentenciosamente.*) Aun hay otros peores.
ENRIQUE. Ya lo creo: el hospicio, el presidio...
JULIO. El patíbulo, la horca...
ENRIQUE. Es exacto; aunque á decir verdad, esto es tambien una horca.
JULIO. Tienes razon; es la horca de los bolsillos. (*Pausa.*)
ENRIQUE. ¡Qué vergüenza!
JULIO. ¿Qué significa esa palabra? (*Se levanta.*) Rabiando estoy por conocer á la viuda de Perez.
ENRIQUE. Será una mujer gruesa, rechoncha, colorada...
JULIO. Ó alta, flaca, de color de aceituna...
ENRIQUE. (*Levantándose.*) Alta ó baja, de color de remolacha ó de pajuela, siempre será una usurera despreciable.
JULIO. Que haya usureros... pase; pero, usureras.... ¡qué horror!
ENRIQUE. La civilizacion, el adelanto, las grandes teorías, la emancipacion de la mujer!.... (*Transicion.*) Era el rey, ó el cinco el que nos hizo el caldo gordo el dia de nuestra llegada á esta coronada villa?
JULIO. Por qué me lo preguntas?
ENRIQUE. ¡Una inspiracion!
JULIO. Algun dinero nos han costado tus inspiraciones.
ENRIQUE. Guíate por mí una vez mas. Apuntemos el dinero que nos den por tu reló, al cinco; el rey me dá muy mala espina.
JULIO. ¿Eres republicano?
ENRIQUE. No, soy algo más.
JULIO. Lo sé por esperiencia; comunista en la estension de la palabra.
ENRIQUE. ¡Malditos náipes!
JULIO. Amen. (*Se pasean en opuesta direccion. Julio contemplando á Enrique.*) ¿En qué piensas?
ENRIQUE. (*Parándose.*) En que hoy estamos á quince.
JULIO. Ya comprendo lo que significa esa fecha.
ENRIQUE. Significa el hambre.
JULIO. El hambre es la indiscrecion del apetito.

ENRIQUE. Pues tendremos que ser muy indiscretos por espacio de medio mes.

JULIO. A no ser que la viuda de Perez nos socorra largamente...

ENRIQUE. ¡Qué tronados estamos! ¡Paciencia!

JULIO. Hermosa frase; inventada sin duda por un hambriento, en un diálogo que sostenia con su estómago.

ENRIQUE. Ay! (*Suspirando.*)

JULIO. (*Asomándose á la ventana.*) ¡Divina!

ENRIQUE. Se ha vuelto loco!

JULIO. ¡Celestial!

ENRIQUE. ¿Pero qué es eso; Julio!

JULIO. ¡Espiritual! ¡Estraordinaria!

ENRIQUE. Julio! Hombre! Julio!

JULIO. (*Arrastrando á Enrique á la ventana.*) Mira, mira las ventanas de ese súcio patinillo; ¿no ves? Divina!

ENRIQUE. Tienes razon! Celestial! Non-plus-ultra!

JULIO. Eh! no te permito decir eso, y menos con esas voces. Pudiera oirlo, y... vamos, que no me conviene.

ENRIQUE. Qué ojos! Qué nariz! Qué boca! Qué...

JULIO. Calla, calla! (*Poniéndole la mano en la boca.*) Te estrangulo si vuelves á hablar una palabra. Yo solo tengo el derecho de decir requiebros á esa mujer.

ENRIQUE. Y yo.

JULIO. Yo la ví primero.

ENRIQUE. Pero yo fuí quien...

JULIO. Yo fuí el prólogo.

ENRIQUE. No seas ambicioso, y déjame hacer el epílogo.

JULIO. De ninguna manera. (*A voces.*) Señorita...

ENRIQUE. La amo.

JULIO. Déme Vd. una cita.

ENRIQUE. A mí!

JULIO. A mí!

ENRIQUE. Este es un tahur.

JULIO. Este es un perdido.

ENRIQUE. Yo vengo aquí por él.

JULIO. El me ha arrastrado á mí. (*Pequeña pausa.*)

ENRIQUE. Demos tregua á esta batalla, si no por amistad, al menos por amor propio.

JULIO. Vivirá aquí esa muchacha?

ENRIQUE. Desde luego. Será hija de la viuda de Perez; ya ves... la ventana...

JULIO. Puede ser muy bien de la casa inmediata.

ENRIQUE. ¡Funesta idea!

JULIO. Me parece que admitia nuestras miradas! Es claro, somos guapos, y eso es una garantía.

ENRIQUE. Lo que somos es, unos perdidos.

JULIO. Otra garantía.

ENRIQUE. Cuando nos casemos...

JULIO. Oh! cuando nos casemos...

ENRIQUE. Jugaremos el dote profecticio.

JULIO. Y el adventicio.

ENRIQUE. Y el misto.

JULIO. ¡Calla! Oigo pasos. La viuda de Perez... Ponte sério.

ENRIQUE. Afecta distincion.

JULIO. (*Componiéndose el traje.*) ¡Ajá! (*Mirando á Enrique.*) Perfectamente.

ENRIQUE. (*Mirando hácia la puerta de la izquierda.*) ¡Cielos! Qué veo! Ella!

JULIO. Quién es ella?

ENRIQUE. Enriqueta! La viuda á quien una noche hice el amor en Valencia. (*Ocultándose detrás de Julio.*) Es preciso no hablar nada de empeños. Ya vés, la conocimos hecha una señora.

JULIO. De ninguna manera! Qué felicidad! Haber dado con prestamista semejante! La saqueamos, chico, la saqueamos!

ESCENA IV.

Dichos, ENRIQUETA.

ENRIQ. Caballeros...

ENRIQUE. (*Turbado.*) Enriqueta...

JULIO. Señora...

ENRIQ. Qué dichoso encuentro! No les hacia á ustedes en Madrid.

ENRIQUE. (*Con embarazo.*) Nosotros tampoco la haciamos aquí.

ENRIQ. He viajado por Francia y Suiza antes de establecerme en esta hermosa villa.

JULIO. (Mentira.)

ENRIQUE. Nosotros tambien hemos viajado.

JULIO. Si, hemos ido á la China, al Mogol y á... (Peñaranda.)

ENRIQ. Me han dicho que tienen ustedes que hablarme de un asunto de interés.

JULIO. (*A Enrique.*) (Cómo se vá al bulto.)

ENRIQ. Desde cuándo se ocupan ustedes en asuntos sérios?

JULIO. Desde que Vd...

ENRIQUE. (*Comprendiendo.*) (Calla!)
JULIO. Desde que Vd... (*Impaciencia de Enrique.*)
ENRIQUE. (*A Julio.*) (Calla, por piedad!)
ENRIQ. No comprendo tantas reticencias.
ENRIQUE. (*A Julio.*) (Vámonos, Julio, vámonos.)
JULIO. No sabíamos que Vd., viuda del señor de Perez, del honrado señor de Perez, fuera...
ENRIQUE. Ejen! (*Tosiendo.*)
JULIO. Prestamista.
ENRIQUE. (La soltó.)
ENRIQ. ¿Qué significa esa locura?
JULIO. No sabíamos que Vd. prestase al ciento por tres... ¡no! al tres por ciento.
ENRIQUE. No le haga Vd. caso, está loco! (¡Qué atrevimiento! Decírselo en su cara!)
JULIO. Lo que estoy, es entrampado como tú, perdido como tú, arruinado como tú.
ENRIQ. No comprendo aún!...
JULIO. Es muy fácil. Hoy á las tres, poco mas ó menos, salimos de un casino... de tercera clase, donde nos habian robado... esta es la palabra, nuestras pensiones. Desesperados, marchamos á la Carrera de San Gerónimo, carrera no de Santos, sino de jente *non santa;* y habiendo Enrique encontrado en un bolsillo una peseta... celibataria, entramos en un café. Allí, al vapor de un delicioso Moka, confeccionado en Avapiés con raices de achicoria, raspaduras de Campeche y otros escesos, seguimos recapitulando nuestras desdichas. Jóvenes, hijos de familias distinguidas, guapos, si no mienten las apariencias, ricos... *in mentibus*, y ya marchitos, entrampados, hechos unos *perdis.*
ENRIQ. (Siembre locos!)
ENRIQUE. (¡Qué suplicio!)
JULIO. Ante nosotros, en vertiginoso delirio, pasaban las cartilaginosas manos del banquero, el incesante contar del dinero.. *azogado*; zumbaban en nuestros oidos la cancion eterna del *esprit fort* por fuerza, las cábalas de los que viven sobre el país, dando consejos á los que no los han menester; las escusas y los reproches del enterrador... de *muertos peseteros*...
ENRIQUE. Julio!
ENRIQ. Qué lenguaje!
JULIO. Es el mas inteligible. ¿Continuo?
ENRIQ. Continue Vd., me divierte mucho.

JULIO. Pedimos un periódico y ¡zás! buscamos intuitivamente la seccion de anuncios; intuitivamente echamos mano á nuestros relojes; miento, á mi reló, porque Enrique tenia una soberbia áncora de escape, y por infinitísima vez nos decidimos á hacer el viaje á Peñaranda. Oh! Peñaranda! Tú eres la tierra de Canaan de los que buscan el maná sin encontrarlo.

ENRIQUE. En la seccion de anuncios.

JULIO. Junto á una partida de bacalao truchuela, la Revalenta arábiga, las obras de Cervantes y un comadron examinado, hallamos el nombre de Vd.

ENRIQ. ¡Mi nombre!

JULIO. *Viuda de Perez;* con un letrero por debajo que decia: «Se dá dinero;» y entre paréntesis, y en letra bastardilla, sobre prendas y alhajas; calle del Colmillo, número 99, cuarto segundo!

ENRIQ. Ah! ya! (Se han equivocado, qué delicioso lance!)

ENRIQUE. No se nos podia ocurrir que Vd. se hubiese dedicado á este trato.

JULIO. (O á esta trata, mejor dicho.)

ENRIQUE. Y por eso vinimos. Si hubiéramos pensado que usted...

ENRIQ. (Les seguiré la broma.) Ya ven ustedes; merezco perdon, los tiempos...

JULIO. Es claro, son fatales; nadie tiene un cuarto.

ENRIQ. Me obligaron á emprender este pequeño negocio. Puse reclamos en los periódicos...

JULIO. El reclamo, es la lira de este siglo del fósforo; del velocípedo y de las ametralladoras...

ENRIQUE. Y gracias á esos reclamos.... (¡Qué decepcion!) Yo, en Valencia, cuando la ví en aquel baile... la creí...

ENRIQ. Una señora!

ENRIQUE. Oh! eso desde luego; pero...

ENRIQ. Sorprende á usted hallar una señora prestamista?

ENRIQUE. Oh! no, no, nada de eso... (*A Julio.*) (Qué horror!)

JULIO. (*A Enrique.*) (La conciencia!...)

ENRIQUE. (*A Julio.*) (La religion!...)

JULIO. (*A Enrique.*) (Todo olvidado.)

ENRIQUE. (*A Julio.*) (Y con su cara.)

JULIO. (*A Enrique.*) (Y á su edad!...)

ENRIQ. Ustedes han venido á mi casa, segun creo, no á decirse secretitos, sino á...

JULIO. A empeñar mi reló.

ENRIQ. Caballero, siento mucho decirle, que no puedo adelantar nada sobre esa prenda.

JULIO. ¡Cómo no! Un magnífico Losada, que costó en Lóndres seis mil reales!

ENRIQUE. ¡Un reló magnífico!

ENRIQ. Sí, sí; el reló será muy bueno, no lo dudo, pero yo no soy una prestamista vulgar; yo no doy dinero mas que sobre objetos morales.

JULIO. (Tate!)

ENRIQUE. No comprendo...

ENRIQ. ¿Ustedes no tienen ninguna prenda moral en buen uso?

ENRIQUE. (¡Qué estravagancia!)

JULIO. Diré á Vd; lo que es yo, francamente... el pudor... la... todo eso está en mal estado; los amigos, *el amor y otros escesos...*

ENRIQ. ¿Y usted?

ENRIQUE. ¿Yo?

ENRIQ. ¿No tiene Vd. un corazon?

ENRIQUE. Creo que sí.

ENRIQ. ¿En buen estado?

JULIO. Los médicos no le han recetado aun baños minerales.

ENRIQ. ¿No lo ha entregado Vd. á nadie?

ENRIQUE. Aun es propiedad mia.

ENRIQ. Entonces, si Vd. me lo entrega en prenda, yo adelantaré sobre él una cantidad considerable.

ENRIQUE. Qué horror! Dejarle á usted el corazon en prenda? ¿Cómo me lo saco, señora?

ENRIQ. Já, já, já!

JULIO. Já, já, já! (Esta mujer es una *antropófaga.*)

ENRIQUE. No puede ser.

JULIO. (*A Enrique.*) (Pero, ¿y el hambre?)

ENRIQUE. Pero demonio; ¿y cómo voy yo á vivir, sin una viscera tan importante? Muerte por muerte...

ENRIQ. Son ustedes muy materiales; y no comprenden cómo un corazon se pueda prestar á una mujer, sin necesidad de llamar á un cirujano.

ENRIQUE. ¿Es por un nuevo método?

JULIO. ¿Es por la electricidad?

ENRIQUE. ¿Es por el magnetismo?

ENRIQ. Es por el amor.

JULIO. Una electricidad mucho tiempo há conocida, pero que hoy ha caido en completo desuso.

ENRIQUE. (*A Julio.*) (Qué originalidad!)

JULIO. (*A Enrique.*) (Es una treta! Como en Valencia la conocimos hecha una señora, quiere desorientarnos.)

ENRIQ. ¿No se decide usted?

ENRIQUE. ¿Pero es que el amor?...

ENRIQ. Lo mismo puede firgirse en una noche de baile, que en una casa de préstamos. Además, yo no pido palabras tiernas, ni miradas desmayadas; solo quiero la posesion de esa víscera, que ha venido á representar un papel muy importante en el lenguaje del amor. ¿No se decide usted?

JULIO. Desde luego. (Hoy estamos á quince.)

ENRIQUE. Sea.

JULIO. Una parte consiente, entrega su prenda; venga el justo precio de la otra parte.

ENRIQ. (*A Julio.*) ¿Cómo clasificaria usted los corazones?

JULIO. Siendo de una mujer guapa, como usted y como una jóven, que momentos hace he visto, desde aquella ventana, niña de quince á veinte primaveras, yo diria que era carne de faisan, y lo venderia caro, muy caro; si habia pasado de los veinticinco abriles, y entraba en los treinta marzos, el faisan se convertia en gallina, bajaria el precio mucho, mucho; si de los treinta marzos habia *subido* á los cuarenta febreros, diria que era carne de lobo; y de los cincuenta para arriba, eso, señora, no es ni carne ni pescado, es... *abadejo.*

ENRIQ. Ha hablado usted del corazon de las mujeres; pero... ¿y el de los hombres?

JULIO. Usted los clasificará con mas acierto. Yo nada entiendo de la carne de ganso.

ENRIQ. (*A Enrique.*) ¿Cuánto pediria usted por su corazon?

ENRIQUE. Yo?

JULIO. Un millon.

ENRIQ. Já, já, já! ¿De qué es esa carne tan cara?

JULIO. Del Ave-fenix.

ENRIQUE. Un corazon vale mucho.

ENRIQ. Veo que no podemos entendernos. Llamaré á mi tasador. (*Toca un timbre.*)

ENRIQUE. (Esto ya es demasiado, Julio.)

JULIO. (Comer ante todo! Este es mi lema.)

ENRIQUE. (Qué martirio!)

ESCENA V.

Dichos, JUANA.

JUANA. Señora.

ENRIQ. Llame usted á la señorita Julia. (*Vase Juana por la puerta de la izquierda.*)

ENRIQUE. Pero el tasador?

ENRIQ. Es una tasadora.

JULIO. Me abono á esta casa de préstamos. (*Mirando á la puerta de la izquierda.*) ¡Qué veo! Ella! La jóven de la ventana! (*A Enrique.*) Es ella, mira, mira.

ENRIQUE. La vecina...

ESCENA VI.

Dichos, JULIA.

JULIA. (Aun aquí, gracias á Dios.)

JULIO. Señorita...

JULIA. Caballero...

ENRIQ. Permítanme ustedes un momento. Voy á ponerla en antecedentes sobre este asunto. (*Hablan aparte los dos.*)

ENRIQUE. (*A Julio.*) Estoy asombrado; ¡lance mas estraño!

JULIO. (*A Enrique.*) Quién lo diria!...

JULIA. (*A Enriqueta.*) No puedo contener la risa.

ENRIQ. (*A Julia.*) ¿Estas en el juego?

ENRIQUE. (*A Julio.*) Y lo peor es, que yo creí que la amaba.

JULIO. (*A Enrique.*) Y yo me prometia tambien amar á ese ángel.

ENRIQUE. ¡Ese sí que es un ángel! (*Mirando á Julia.*)

JULIO. Te prohibo pensar eso, y sobre todo, echarla esas miradas.

JULIA. (*A Enriqueta.*) (Descuida, nada dejaré que desear.) (*A Enrique.*) Caballero, haga usted el favor de desabrocharse el chaleco.

ENRIQUE. Zape!

JULIO. No, no, no hay necesídad, no te lo desabroches. (Sé moral, hombre; sé moral!)

ENRIQ. Todo es cuestion de un solo momento.

JULIA. (*Pone la mano sobre el corazon de Enrique.*) Tic, tac, tic, tac, tic.

JULIO. Eh! basta yá, basta yá. (*Queriendo separarlos.*)

ENRIQUE. (*Reteniendo la mano.*) No, no basta aún.

JULIA. Qué fuerte palpita!

ENRIQ. Es señal que está sano.

JULIO. Ahora á mí, necesito de una detenida ascultacion.

JULIA. Usted no es el que empeña.

ENRIQUE. Justamente, tú no empeñas.

JULIO. Pero, y si pretendiera...

JULIA. Diria que lo tenia Vd. completamente descompuesto, y seria desechado.

JULIO. ¡Qué horror! Comparar mi corazon á una moneda falsa! ¡Pero si está en perfecto estado! ¿No oye Vd. el tic, tac, tuc, toc, tac, tek, tic.

JULIA. El de este caballero, marcha perfectamente.
JULIO. Lo mismo que si fuera un reló.
ENRIQ. ¿Cuánto podríamos adelantar sobre esta prenda?
JULIA. (*Quitándose del cuello un collar con medallon.*) Esto.
JULIO. A mí, á mí, yo soy el cobrador.
ENRIQUE. Pero yo soy quien empeño.
JULIO. Permite...
ENRIQ. Puede Vd. dárselo á su amigo para que él lo negocie; Vd. no puede salir de mi casa. (*Enrique dá á Julio el collar.*)
ENRIQUE. ¡Señora!...
ENRIQ. A trueque de preferir una verdadera auptosia.
ENRIQUE. De modo que soy su prisionero?
ENRIQ. Hasta tanto que Vd. me devuelva el capital prestado.
ENRIQUE. Bien.
ENRIQ. Lo dice Vd. de un modo, como que parece conformarse con quedar al lado de la mujer con quien bailó Vd. en Valencia, con tanto gusto al parecer?
ENRIQUE. Señora, usted puede apreciar mi situacion.
ENRIQ. ¿Quién piensa en cosas tristes? Soy una prestamista... ¿Y qué? ¿por ventura no es este un oficio como otro cualquiera?
JULIA. (*Que ha estado hablando con Julio.*) Já, já, já.
ENRIQ. ¿De qué te ries?
JULIA. Jesús! Qué gracia!
JULIO. Señoras... (*A Enrique.*) Te prohibo decirla una palabra.
ENRIQUE. No te lo prometo.
JULIO. (*A Julia.*) Lo dicho, dicho. (*Váse por el foro.*)
JULIA. Beso á Vd. la mano.

ESCENA VII.

ENRIQUETA, JULIA, ENRIQUE.

ENRIQ. Es Vd. mi prenda...
ENRIQUE. Señora....
ENRIQ. De empeño.
ENRIQUE. Horrible realidad!
ENRIQ. Le dejo solo con Julia por un momento. Su corazon me pertenece; queda Vd. siendo un objeto mio, bajo su palabra.
ENRIQUE. ¡Qué idea habrá Vd. formado de mí!
ENRIQ. Qué debe importarle? Acaso Vd. me ama?
ENRIQUE. Yo...
ENRIQ. Calle Vd. (*A Julia.*) (Interrógale y estúdiale.)

JULIA. (Te diré si te ama!)
ENRIQ. Voy á hacer el recibo... (*Vase puerta derecha.*)
ENRIQUE. Sí, la papeleta de empeño.

ESCENA VIII.

JULIA, ENRIQUE.

ENRIQUE. (Estraña mujer! Me pide el corazon y rehusa la declaracion de un amor puro.)
JULIA. (¿Cómo atraeré á ese pérfido Julio? Si él habrá visto el medallon!.. ¡Oh! eso desde luego.) Caballero...
ENRIQUE. Señora tasadora?
JULIA. Creo que Vd. no estará resentido conmigo; el precio...
ENRIQUE. Ha sido grande por venir de sus manos.
JULIA. Gracias. (*Pausa.*)
ENRIQUE. (En efecto, es linda esta muchacha.) (*Pausa larga.*)
JULIA. Señor don...
ENRIQUE. Enrique Sandoval, para servir á Vd.
JULIA. ¡Enrique! Qué bonito nombre!
ENRIQUE. Sí, muy usado en novelas y melodramas.
JULIA. Siempre se llama así el galan jóven.
ENRIQUE. Que es un envidiable papel.
JULIA. ¿Usted lo ha representado muchas veces? (Me ha encargado Enriqueta que lo estudie.)
ENRIQUE. Siempre he tenido mala fortuna en el juego.
JULIA. Y por eso en los amores habrá sido buena. Ya sabrá Vd. el adágio...
ENRIQUE. Es un adágio absurdo. Vd. puede juzgar. Hoy, acabando de perder la última moneda de la mesada que me dá mi buen padre, he perdido una de mis mas gratas ilusiones.
JULIA. No entiendo.
ENRIQUE. En Valencia conocí á una viuda hermosa y jóven, de quien me enamoré. La crónica contaba de mí horrores, pero bien sabe Vd. que la crónica la forman los amigos envidiosos, y las viejas con quien uno no se atreve á bailar. En un baile conocí á la viuda de quien ahora hablo, y en ese baile quedé de ella enamorado profundamente.
JULIA. Aun arde el fuego?
ENRIQUE. Por un momento se apagó, no puedo negarlo. El hombre es constante, pero las circunstancias que le rodean, hacen muchas veces que olvide por algunos tiempos los afectos puros del corazon.

JULIA. ¿Y olvidó Vd. á la viuda?

ENRIQUE. Nunca. Supe que habia salido de Valencia, y en aquel dia me pareció horrible el pueblo de las flores. Acompañado de mi inseparable Julio, vine á esta córte, y...

JULIA. Continúe V.

ENRIQUE. Y tambien vino conmigo su celestial recuerdo; pero...

JULIA. Hay pero?

ENRIQUE. Si, esperaba encontrarla, y hoy la he encontrado.

JULIA. Y le pesa á Vd?

ENRIQUE. La he visto bella, elegante, distinguida, pero...

JULIA. Vuelta á los peros; es V. un peral.

ENRIQUE. Justamente. A esa mujer la he encontrado ejerciendo una industria, que no sé francamente como calificar.

JULIA. ¿Y renuncia V. á los planes que concibió en Valencia?

ENRIQUE. ¿Qué se diria de mí, de un Sandoval, casado con una prestamista?

JULIA. ¿Y qué se diria de una Enriqueta Lara, casada con un jóven jugador, con un jóven que lleva cadena de alambre, y por reló (*sacándoselo.*) la llave de una cómoda.

ENRIQUE. (Qué vergüenza!)

JULIA. Pero qué tonteria!—Qué giro tan odioso ha tomado nuestra conversacion!

ENRIQUE. Tiene Vd. razon, señorita.

JULIA. Sentémonos, si á Vd. le parece.

ENRIQUE. Sí, sí, sentémonos. (*Se sientan.*)

JULIA. (Trabajemos por cuenta propia.)—¿Le parezco á Vd. guapa?

ENRIQUE. (¡Diablo, qué pregunta!) ¡Bellísima!

JULIA. Acerque Vd. un poquito su silla.

ENRIQUE. (Tate!)

JULIA. A que ahora no nos enfadamos? Pero qué hace Vd. que no se acerca un poquito más?

ENRIQUE. (Malo, malo. ¡Pobre Julio!)

JULIA. (*Enseñando el pié.*) ¡Ay! estos vestidos del dia.... No me mire Vd. de esa manera.

ENRIQUE. (Qué lindo pié!)

JULIA. Me han dicho que tengo mucho talento para tasar corazones.

ENRIQUE. Para lo que tiene Vd. talento es, para traspasarlos.

JULIA. ¿Lo cree Vd. así?

ENRIQUE. ¡Y me lo pregunta!

JULIA. No se conoceria; está Vd. á una legua! Acerque Vd. más esa silla; más, más aun.

ENRIQUE. (*Poniendo su silla junto á la de Julia.*) ¡Ea!

JULIA. Basta, basta, no tanto. No hace frio.

ENRIQUE. Verdaderamente que me parece estar en las Californias ó en el desierto de Sahara.

JULIA. (*Mirándole con coquetería y suspirando.*) ¡Ay!

ENRIQUE. ¡Qué suspiro!

JULIA. A qué no sabe Vd. para quién es?

ENRIQUE. ¡Vaya si lo sé! (Para mí, de seguro. Pobre Julio!)

JULIA. A que no!

ENRIQUE. A que sí!

JULIA. Dígamelo Vd.

ENRIQUE. Eso, nunca.

JULIA. La letra con que empieza el nombre.

ENRIQUE. (Se me obliga á ser inmodesto...) La primera letra será la... la...E.

JULIA. No.

ENRIQUE. ¿Cómo que no?

JULIA. Como que no.

ENRIQUE. Pues será la A.

JULIA. Tampoco.

ENRIQUE. Pues será la X; el caballero X.

JULIA. Pues no señor; es J, el caballero Julio.

ENRIQUE. Julio! Qué horror! Mi amigo! Un perdido de quien la crónica cuenta cosas horribles!

JULIA. La crónica la componen los amigos envidiosos y las viejas con quien uno no se atreve á bailar.

ENRIQUE. (Diablo con la niña!)

JULIA. Por lo demás, creo firmemente que Julio es un imitador de Vd.

ENRIQUE. O mas bien, que yo soy un imitador de Julio.

JULIA. Desvie Vd. un poco su silla.

ENRIQUE. (Un golpe en vago!)

JULIA. Julio, qué bonito nombre!

ENRIQUE. A usted, segun veo, le gusta todo el calendario masculino?

JULIA. Sí, pero...

ENRIQUE. Hola! Tambien tiene usted peros?

JULIA. Soy muy descontentadiza. Julio es un jóven de mala conducta.

ENRIQUE. Justamente.

JULIA. Un calavera.

ENRIQUE. Justamente.

JULIA. Un hombre encantador

ENRIQUE. Justamente! Oh, no! Me he equivocado; un hombre odioso.

JULIA. Desvíese usted un poco mas.
ENRIQUE. (Qué demonio de Julio!)
JULIA. Y es guapo?
ENRIQUE. Pasable... (por las armas.)
JULIA. Y distinguido...?
ENRIQUE. Oh! lo que es en la suerte del pego, se distingue admirablemente.
JULIA. ¡Qué calor hace! Hombre, aparte usted un poco mas esa silla!
ENRIQUE. (Esto es inaguantable!)
JULIA. ¿Qué cree usted que habrá hecho con mi medallon?
ENRIQUE. Toma! Apuntarlo á una sota.
JULIA. Quiere usted sentarse al final de la sala? (*Levantándose.*)
ENRIQUE. (*Levantándose.*) Señora, quiere usted no jugar más con mi sistema nervioso?
JULIA. Pero si tiene usted unas cosas...
ENRIQUE. Ay! qué vocecita!
JULIA. Jesús! Qué seductor es... (Julio.)
ENRIQUE. Caramba! Fuego! fuego!
JULIA. ¿Qué se quema?
ENRIQUE. Yo, señora, yo.
JULIA. Enriqueta, vén, vén; tu corazon se abrasa; vás á perder la cantidad que has prestado.

ESCENA IX.

Dichos, ENRIQUETA.

ENRIQ. ¿Qué voces son esas?
JULIA. Un corazon tuyo que se quemaba.
ENRIQ. Hay corazones muy inflamables.
JULIA. (Te ama.) (*A Enriqueta.*)
ENRIQUE. (*Mirando á Julia.*) Sí, muy inflamables.
ENRIQ. Le prohibo á Vd. mirar de esa manera á esa señora.
ENRIQUE. Usted es dueña por el momento de mi corazon, no de mis ojos.
ENRIQ. Pero los ojos son los intérpretes del alma.
ENRIQUE. Si usted hubiera especificado en el contrato esa cláusula?...
ENRIQ. ¿No la hubiera usted consentido?
ENRIQUE. (La verdad es que esta mujer tiene mucho mérito! Si no fuese prestamista...)
ENRIQ. En qué piensa usted?
JULIA. En tí.
ENRIQ. En mí! ¿No es verdad que no?

ENRIQUE. (Qué hechicera!)
JULIA. Conteste usted.
ENRIQUE. Usted no puede obligarme á ello.
ENRIQ. Pero yo si.
ENRIQUE. Mi boca...

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, JULIO.

JULIO. Enrique! Enrique Sandoval! Dame tu pañuelo... Uf!... vengo sofocado. Maldito café, maldito periódico, y sobre todo, malditas cabezas las nuestras, destornilladas é incapaces de concebir y ejecutar cosa alguna con cordura, detencion y madurez.
ENRIQUE. ¿Pero qué ha pasado?
JULIO. Que en lugar de haber entrado en el piso segundo, hemos entrado en el principal. Ha pasado, que en el principal, que es este, vive la señora viuda de Perez, del honrado Sr. de Perez, persona de la mas alta categoría Valenciana; y en el segundo piso, que es el que pisa á este, es el de la viuda Perez, Perez de tercera clase, y apellido fatal, causa única de nuestra desgraciada equivocacion.
ENRIQUE. (Dios mio! Qué vergüenza!)
JULIA. } Já, já, já.
ENRIQ. }
ENRIQUE. Señora...
ENRIQ. Hace un momento le pedia á usted una respuesta. Aun no me la ha dado usted.
ENRIQUE. Mi respuesta, son dos preguntas. ¿Me perdona usted? ¿Podria yo acariciar una esperanza?
ENRIQ. ¿Desea usted que conserve su corazon en prenda?
ENRIQUE. Gracias, gracias.
JULIO. (*A Julia.*) ¿Y usted, no me pregunta nada?
JULIA. Sí señor: ¿qué ha hecho usted de mi medallon?
JULIO. Arrastrado por mi fatal pasion, fuí á una casa de juego, y lo apunté á una carta.
JULIA. (Dios mio!)
JULIO. Pero con el rápido movimiento, abrióse, y mis ojos contemplaron la fotografía de un ángel que habia robado á mi corazon toda la intranquilidad de una vida agitada, y toda la paz de un amor no nacido. Ya iba la mano del banquero á decidir de mi suerte, cuando avergonzado, lleno de emocion y prometiéndome una radical enmienda, me arrojé sobre él, y véalo usted. ¡Salvado como Moisés!

JULIA. Gracias, Julio. Veo que su corazon no anda descompuesto como yo creia.

JULIO. ¿Puedo conservar este recuerdo?

JULIA. Si, como precio puesto á su corazon, que tomo en prenda.

ENRIQ. (*A Enrique.*) Yo le devuelvo á usted el suyo; pero necesito que usted me pague los réditos.

ENRIQUE. Los réditos, amada Enriqueta, son mi amor. ¿Pero no tiene usted empeñados mas corazones que el mio?

ENRIQ. Solo el de usted, lo juro.

JULIO. (*A Julia.*) Mi palabra esta empeñada.

JULIA. (*A Enriqueta.*) Cumplióse mi dicha toda.

ENRIQUE. (*A Enriqueta.*) Como regalo de boda...?

ENRIQ. Solo quiero... una palmada!

FIN.